

## Escucha e interpretación (en psicoanálisis de niños y adolescentes)

**Sesto Marcello Passone**

Existe una teoría literaria japonesa (cf. Barry Goffold) llamada *Shosetsu*. Consiste en una forma de narración autobiográfica que autoriza al autor a alejarse de vez en cuando de la verdad de los hechos. Trasponer esta teoría literaria al relato del analista a propósito de una cura -me refiero al uso de viñetas clínicas, habituales en nuestras presentaciones-, permite evocar y transmitir algo esencial de nuestras experiencias clínicas, siempre protegiendo la confidencialidad inherente a toda cura.

Deseo entonces comenzar con un breve *Shosetsu* para introducir el tema de este trabajo: "*Escucha e interpretación*" (en psicoanálisis con niños).

\*\*\*\*

*Bruno es un muchachito de 9 años, el menor de dos hermanos. Sus padres, aún bastante jóvenes, han tenido que confiar su hija mayor a los cuidados de un psicoanalista a causa de una adolescencia rica en pasajes al acto. De este trabajo con el psicoanalista los padres se declaran satisfechos. Y su hija continúa sus estudios en un internado.*

*Cuando Bruno, siempre agradable, comienza a crear problemas sobre todo en clase (irritable, distraído, con bajas en todas las materias), los padres, sorprendidos por ese brusco cambio, desean hablar de esto con alguien, pues el niño ha devenido reservado con ellos, es decir, los evita.*

*"No se sabe por dónde agarrarlo" dice el padre, "hasta he tratado de jugar con él en la consola para ver si llegaríamos a hablar un poco".*

*La madre, una linda mujer que trabaja en una gran librería, dice al analista que ella piensa en los múltiples duelos familiares sobrevenidos en los últimos dos años y que "Bruno puede haberlos sufrido también". El padre, de profesión liberal, no tiene teorías para explicarse los cambios de actitud de su hijo; piensa que sería*

*oportuno evitar que vaya demasiado seguido a lo de la abuela materna. "Él es todo para ella ahora, sobre todo después de la muerte de su hijo, debida al Sida", dice. Se trata del hermano menor de su esposa, a quien ella ha consagrado no poco tiempo durante la larga enfermedad. El analista se entera que desde hace algún tiempo Bruno no para de golpearse a izquierda y derecha. "Cosas sin gravedad" dicen los padres, cuando este niño había comenzado a caminar solo muy temprano. Señalan también que Bruno ha sido siempre muy independiente, salvo con su hermana mayor, una chica bastante masculina al parecer.*

*Esta pareja de padres da la impresión al analista de prestar mucha atención a la educación de sus hijos. Sin embargo, éstos los toman por sorpresa, provocando una suerte de solidaridad obligada en la adversidad. Es claro, los padres se sienten sobrepasados. Están inquietos.*

*En el retrato que hacen de Bruno dan la impresión de hablar de un niño que ha traicionado un poco su confianza. "Él hace cualquier cosa. Tiene la cabeza en otra parte... No teníamos necesidad de esto (la mala escolaridad de Bruno); y sobre todo, no ahora" comenta el padre, mirando a su esposa. "Mi mujer acaba de tomar la dirección de la librería y eso la tiene muy ocupada. En cuanto a mí, dice el padre, estoy buscando otro socio para mi oficina. Como Ud. sabe, los tiempos son duros en nuestro oficio de consultores. Hay que moverse mucho para no dejarse comer por la competencia!" El analista percibe a esta pareja, sus preocupaciones y su comportamiento como prometedores de una buena alianza en vista de la toma en análisis de este niño descrito como evitativo y parapetado en algunas preocupaciones del fin de latencia.*

\*\*\*\*

*Bruno viene regularmente a sus sesiones, aunque no oculta su contrariedad por el sacrificio que eso le exige respecto a otras actividades post-escolares investidas como la natación y una iniciación a la lengua japonesa, algo a hacer notar. Las dos sesiones semanales habían sido negociadas entre él y sus padres, luego de la propuesta de encuadre hecha por el analista después de la primera entrevista con Bruno.*

*En esta primera sesión resaltan de entrada las preguntas de Bruno, del tipo: "¿Qué se puede hacer acá? ¿Qué vamos a hacer ahora? ¿Cuánto dura esto?" Y*

también: "Tú tienes qué edad? Tú vives aquí?". Preguntas que dirige al analista sin mirarlo, parado cerca de la ventana, aunque con el rabillo del ojo explore todos los rincones del consultorio de ese señor más viejo que sus padres.

"Viniendo aquí, Bruno me hace saber que tiene un montón de preguntas en su cabeza hoy", comenta el analista. Lo dice en voz baja, sin mirarlo directamente. Con un tono irritado, Bruno dice: "¡Cierra el pico!" Tomado por sorpresa (como los padres), el analista se calla un buen rato y después retoma con el mismo tono que antes: "no debe ser agradable para este chico escuchar a una persona extraña hablar así de él... aún cuando esto que dice se quedará aquí, entre nosotros".

Bruno alza los hombros y responde: "¿Al menos hay un baño aquí?" El analista, preguntando si es urgente, le indica la puerta. Esta respuesta parece sorprenderlo y Bruno, siempre sin mirar al analista, se fija en la caja de juguetes puesta a su disposición sobre una mesa baja. Tiene siempre las manos en los bolsillos y sonríe por lo bajo; luego murmura algunas frases inaudibles y sin pedir permiso, se acuesta en el diván que se encuentra justamente muy cerca del sillón del analista. Éste nota que desde esa posición, Bruno tiene la posibilidad de mirarlo de reojo. Por así decir, ellos no se pierden de vista. Un silencio tenso acompaña esta proximidad física entre ellos. En ese momento el analista, pensando en la ansiedad que circula, decide decir: "Como todo chico que viene a verme, Bruno también podrá decir y hacer lo que quiera aquí, salvo hacerse mal o hacerme mal." Y después de una corta pausa, agrega: "Eso vale para mí también".

Bruno se incorpora, sentándose en el diván con la cabeza entre las manos. Pasea su mirada por el parquet. Está haciendo una suerte de exploración de esta pieza-interioridad, piensa el analista, y se encuentra a sí mismo mirando el parquet. Se dice: "Estoy siguiéndolo. ¿Adónde me lleva?"

Entonces, el analista observa la disposición -un poco irregular- de las placas de parquet. Luego, y quizás para salir del collage ansiógeno del perfil irregular de las placas, le viene a la cabeza la imagen de un cuadro. Es el cuadro en el cual están representados los obreros ocupados en perfilar la colocación de un parquet en un departamento. Los obreros transpiran, trabajan duro sin hablar... Al fondo de la pieza debe haber un hombre parado que los mira. Parece verificar el buen desarrollo del trabajo. ¿Por qué esta imagen? -se interroga el analista. Es un hermoso cuadro realista que evoca la fatiga del trabajo. Esos obreros arrodillados al ras del parquet,

¿eran dos o tres? Hacen su trabajo aplicadamente pese a su poco confortable posición.

Saliendo de esas consideraciones a propósito de la situación representada en ese cuadro, el analista dice a Bruno: "No es regular este parquet, verdad? Están esos pequeños intersticios...". Bruno, mirándolo, en un tono desilusionado pero cerrado, le dice: "¡Cállate!" Se levanta y va al baño.

El analista piensa entonces en esa necesidad de Bruno de alejarse de su mirada, de sus palabras, de ir a evacuar la excitación solicitada por esta evocación de los intersticios en el parquet. Piensa luego en el baño, preguntándose si llegará a alcanzar el interruptor; si quedan rollos de papel higiénico. Es como si al acompañarlo a la distancia, el analista le indicara lo que hace falta para utilizar bien ese lugar apartado (el baño-consultorio). De este tipo de disposición solícita, el analista saldrá con una pequeña sonrisa en los labios. Se piensa como una mamá un poco fóbica respecto de la limpieza, pero también como un padre que nombrando las cosas a la distancia, habla al pequeño Bruno de su conocimiento del lugar (lo que puede pasar en su espacio cuerpo-psíquico).

Bruno tarda en salir del baño. El analista se toma su tiempo para soñar despierto a este muchachito inquieto, sombrío, evitativo... ¿En qué intersticios-fantasías se oculta; dónde ha caído para sentirse tan angustiado y enojado a la vez?

Esta imagen de los intersticios que apareció en las asociaciones del analista durante la primera sesión, acompañada por el resurgimiento de una imagen que evoca el trabajo de hombres en una pieza, le da el sentimiento de haber recibido algo referido a este paciente. El acompañarlo, el sostenerlo, orientarlo en la frecuentación de los intersticios donde se alojan las fobias de Bruno, comienza a devenir entonces una perspectiva en la cura de este joven.

Miedos, fobias... ésas que a la noche se transforman en pesadillas y lo despiertan con miedo, le confiará en efecto Bruno en el curso de las sesiones.

Numerosos monstruos en papel van a marcar entonces el comienzo de cada sesión. Monstruos que el analista debe conservar en la caja por indicación explícita de Bruno.

Luego, será por una serie de dibujos sobre el tema de una batalla en episodios la manera en que Bruno testeará la capacidad de proteger (con el analista) su espacio inundado por enemigos que cortan, lastiman, despedazan los

*cuerpos de los soldados presentes. En una parecida circunstancia, no le queda al soldadito-Bruno más que atrincherarse en galerías subterráneas; pero son oscuras y dan miedo. Felizmente, sólo quedan soldados enviados a la guerra por voluntad de jefes siniestros e invisibles. Es así que en sesión uno puede llegar a ser uno de los "médicos sin fronteras". Ellos van a curar a los heridos de Rwanda. El analista tendrá derecho a una carpa al menos; está ubicada al lado de la carpa en la que Bruno cuida a los sobrevivientes. En esas excitadas puestas en escena, Bruno-médico-sin-fronteras está siempre en una urgencia. Debe partir en misiones hacia lugares cada vez más alejados. Para saber localizarlos, es necesario primero ser muy fuerte en geografía, subraya él. No es siempre el caso del analista: es un alumno un poco distraído. Socorrer para no encontrarse acusado de ser el que ataca sádicamente al objeto, piensa el analista. Un largo período de esta cura tratará sobre las características de esta urgencia de ir en una misión muy lejos, para reparar las heridas de gente golpeada a causa de tres crueles batallas. Esta intensa operación durará una docena de sesiones, con retomas ulteriores...*

*En la continuación de la cura Bruno llegará a contarle al analista la historia de la manzana, ésa que guarda en secreto bajo su almohada. Eso lo calma en sus terrores nocturnos cuando las sombras atraviesan los muros de su habitación. Llegará a hablar claramente de esta angustia: por la noche, solo en su cama, estando su habitación pegada a la de su hermana mayor, ahora partida-expulsada-exiliada al internado. ¿Cómo contarle al analista también el miedo por esa gota de sangre que ha visto escurrirse de su sexo al hacer pis en el baño de la escuela? ¿Cómo permanecer entero frente a tantas amenazas cuando esta luna, en la cual dice pensar al acostarse, está tan pálida y lejana, oculta por las nubes? Para este proyecto le hará falta construir en la cura una nave espacial para alcanzar la luna. Y le pasará también sentirse tan aliviado por su éxito como ingeniero como para ofrecerle al analista un lugar -a precio módico- para un vuelo: "uno, no más!".*

*Después llegará el turno de otro gran proyecto: el de la construcción de una espada (en lego). Una espada que no se rompe a la entrada del túnel. A ese túnel lo ha cavado en una roca de pasta para modelar de color "marrón caca", dijo. Pero esta "puta espada" se rompe fácilmente y eso lo enerva. Bruno debe pasar rápido al baño entonces. Y allí está este analista que no hace nada, que lo mira hacer... y fracasar en su proyecto! Le sube la cólera. Bruno da la espalda al analista para continuar solo, el tiempo que hará falta para que esta mala espada no se rompa*

más a la entrada del túnel. Eso lleva tiempo. Entonces encontrará mejor volver al proyecto. Es una cuestión de batallas entre tanques de fabricación japonesa. – Japonesa?... –Está marcado sobre su cañón, "en letra japonesa" precisa él. El analista debe confiar puesto que no sabe leer el japonés! "Eres un poco nulo, no...?" deja escapar Bruno. La batalla entre tanques se muestra dura, una vez más. Pero lo que será más molesto para Bruno que las flatulencias explosivas sobre la ciudad de Hiroshima, es cuando su espada sale indemne de la penetración del túnel. Enrojece y mira a su analista...

"Estas idas y venidas aquí, te hacen sentir más seguro de poder ir allí... y de volver con una espada intacta", le dirá entonces el analista.

Bruno se calla un buen rato: piensa. Con un gran suspiro, osa decirle al analista: "Pero tú, cómo hablas?".

Repentinamente en el espíritu del analista reaparece el personaje del cual hablaba Bruno casi al comienzo de la cura. Se trataba de un nuevo empleado doméstico que estaba en la casa desde hacía poco. Reemplazaba a la empleada doméstica que se había ido no se sabe adónde. Quizás se había ido al mismo internado que su hermana.

Y bien, este nuevo empleado doméstico era un "tonto", no comprendía "ni siquiera el francés". En esa época, esto inquietaba e irritaba a Bruno. El analista, recuperando lo que alguna vez había estado en la transferencia de Bruno, lo liga a lo que acaba de preguntar y le responde: "¿Cómo hablo yo? Se podría decir que en un dialecto. Es algo que se ha fabricado aquí, entre nosotros. Ha venido a nosotros para tratar de hablar de eso que en ti, a veces, es un pensamiento-sombra-inquietante".

En la última sesión, Bruno tuvo que traer consigo todos los proyectos producidos en cuatro años de análisis. Al analista no le había podido confiar más que la serie de los monstruos en papel.

Si desde la primera sesión el pequeño Bruno osaba demandar a ese señor psicoanalista qué es lo que uno hacía allí en conjunto, al final de un recorrido de a dos -llamado cura psicoanalítica-, llegará a plantear la cuestión: "pero, ¿cómo hablas tú?" Es decir: ¿de qué y cómo se habla a partir de estos encuentros semanales? Estos encuentros que se hacen entre dos personas, en una pieza llamada de análisis.

Vista desde afuera, la sesión de análisis no es más que una situación en la cual un adulto y un niño hablan y juegan en una pieza. Y se puede decir también que ellos no se cuentan más que historias... historias que cuidan, de todos modos. Es poco y mucho a la vez cuando la angustia, la inhibición, la depresión reducen el confort de crecer y de vivir con un cierto sentimiento de seguridad y confianza.

\*\*\*\*

Después de este *Shosetsu*, esta evocación de una cura ordinaria, querría pasar a los *après coups* de la teorización y a los inevitables resguardos que comporta en relación al relato clínico. También deseo abordar ciertos aspectos relativos a la dupla funcional constituida por la escucha y la interpretación en psicoanálisis (de niños). Me refiero a la escucha y la interpretación como dos atributos propios de la función del psicoanalista en sesión.

Según parece, en nuestra disciplina los conceptos fuertes -la escucha y la interpretación lo son- tienen el inconveniente de ser tapados con hechos que, en lo vivo de la situación analítica, se presentan como multiformes.

Desde un punto de vista descriptivo, la teorización fundamentada en la clínica nos impone entonces un pasaje obligado al plural: es decir, tenemos que hacer *escuchas e interpretaciones psicoanalíticas*.

Puesto que la escucha y la interpretación están presentes también en el funcionamiento cotidiano de todo, lo que nos interesa aquí es delimitar de la mejor manera posible las circunstancias y características que las especifican como funciones psicoanalíticas. Es decir: ¿cómo devienen analíticamente operativas en la cura?

El trabajo de toda cura analítica, por tanto también el referido a la clínica de niños, es el de ofrecer un encuadre de encuentro inter-psíquico que tenga posibilidades de promover la transformación de contenidos psíquicos, dicho de otra manera: patógenos. Estos contenidos se encuentran a menudo afectados por un estado emocional más o menos compacto, pre o para simbólico, que da lugar a manifestaciones sintomáticas variadas, desde las más precisamente caracterizadas a las más difusas. La transformación de estos contenidos psíquicos en una simbolización secundaria, organizada en pensamiento verbal, los vuelve así disponibles al yo auto-reflexivo y al sí mismo narrativo. Dicho de otra manera, este trabajo de transformación psíquica sostenido por el análisis está al servicio del

pasaje de lo experimentado a lo pensado -representaciones ligadas y afectadas-, lo que genera el sentido y sostiene el sentimiento de continuidad de la existencia.

Muy particularmente en los pequeños pacientes, es su crecimiento psíquico lo que está en la mira de la cura analítica. Y esto se lleva a cabo por la reanudación de la simbolización primaria y su ensanchamiento a fin de dar lugar a una simbolización secundaria más segura. En ese trabajo de análisis, el tejido del preconscious entra en correlación con las cualidades simbolizantes ofrecidas por el objeto (el analista en sesión).

Estimo que este trabajo es central en la formación de la función reflexiva del yo y del pensamiento verbal. Aquí hago referencia particularmente a la dinámica continente-contenido en el modelo bioniano en cuanto a la articulación con la primera tópica freudiana.

Se sabe que *el encuadre del encuentro analítico*, a partir de las reglas explícitas e implícitas ligadas al dispositivo, organiza un campo de observación y de escucha de las manifestaciones transferenciales (y contra-transferenciales) que, habitualmente, quedan alojadas en el interior de las interacciones de la vida cotidiana. El dispositivo del encuentro analítico está allí para poner en suspenso la llamada realidad cotidiana y favorecer así la emergencia de la otra escena: la de la realidad psíquica, la llamada realidad interna. La transferencia -que también se conjuga en plural (puesto que se apoya en el encuadre, sobre el objeto-analista, sobre actividades expresivas, especialmente la palabra)- es el motor de la dirección (al otro que es en sí) de esta realidad psíquica, de la cual una gran parte tiene vocación para quedar inconsciente o para devenir tal.

*Encuadre, transferencia(s), interpretación(es)* operan así en una suerte de solidaridad funcional a fin de generar y sostener el proceso psicoanalítico y sus recaídas terapéuticas.

La diversificación de nuestras prácticas acaecida en el análisis con el adulto, con el niño o el grupo, no cambia los fundamentos de aquello a lo que se llama "hacer psicoanálisis". El enfoque psicoanalítico es uno solo. En cambio sus modalidades, modelos y teorizaciones son plurales. Todos son generados por el método introducido por Freud.

Habiendo recordado esto, no podemos negar que el tipo de encuadre, de paciente con su propia organización psíquica y su edad, no está para nada dentro de lo que se puede esperar de la aplicación del método analítico. "Hacer psicoanálisis"

queda en el fondo ligado a la adhesión a un método (es decir, a una manera de proceder), a sus objetos (el inconsciente dinámico y sus manifestaciones) y a una oferta: la puesta en disposición de un encuadre de encuentros y de un método de procedimientos para realizar el análisis del funcionamiento psíquico y promover transformaciones.

El garante de la oferta (encuadre y método) es el analista, con su formación y su ética. Entre las competencias activadas en el analista en sesión, su *receptividad psíquica*, o dicho de otra manera su disponibilidad a la escucha de las manifestaciones transferenciales del paciente, es esencial para que esta realidad inconsciente (expresada bajo la forma de neurosis o psicosis de transferencia), pueda encontrar nuevas vías (fuera de la repetición): es decir, que pueda alcanzar un estado de transformación más funcional, al resguardo de efectos patógenos debidos al exceso de angustia y de depresión. (Se trata de apuntar a una oscilación funcional entre pSP<>pD).

La escucha analítica sería entonces esta singular receptividad del analista en sesión, a las formas y a los contenidos de la transferencia. En cierta jerga psicoanalítica sería la capacidad para recibir-contener las identificaciones proyectivas del paciente dirigidas al objeto-analista. En todo caso, se trata de una singular disposición psíquica -que no se da naturalmente- apta para recibir, alcanzar y reconocer (sin confundirlo) el estado emocional y la configuración fantasmática en curso en el paciente: la de ese día y ese momento de la sesión.

Tanto el estado emocional (con todas las cualidades que van del amor al odio) como la configuración del fantasma en curso, para la transferencia y en la transferencia, están inconscientemente dirigidos al objeto-analista, representando al objeto ausente (es decir, faltante) de la búsqueda pulsional. Esta dirección transferencial, manejada por diversos mecanismos de defensa del paciente, se presentifica en sesión por la vía de los personajes, historias, escenas (desde las más anecdóticas hasta las más imaginativas). El analista deberá escuchar todo esto como un derivado de la escena inconsciente del paciente, tal como actúa en ese momento.

Los derivados, gestuales y verbales, son el indicador, y no el revelador inmediato, tanto de la historia psíquica del paciente reactualizada en la transferencia (conflictos, traumas sobrevenidos en el pasado) como de la percepción que el paciente tiene de la relación analítica en curso. Es así que en el *hic et nunc* de la situación analítica, la transferencia convoca a la vez el pasado y el presente de la

relación de objeto: en suma, la ausencia (allá y entonces) y la presencia (aquí y ahora).

En psicoanálisis con niños tenemos que escuchar lo infantil con su temporalidad inconsciente y al niño que se dirige, en y por la transferencia, a este objeto antiguo-nuevo que es el analista. La reconstrucción de la historia psíquica del paciente y la co-construcción entre dos de la historia por venir, comparten el terreno de la sesión analítica... *entre* la escucha y la interpretación.

En relación a la condición propia del niño y del desarrollo de sus medios de expresión, lo infra-verbal (es decir, el lenguaje del cuerpo) asume tanta importancia como lo que llega a ser verbalizado por el pequeño paciente. Esta circunstancia específica del trabajo con niños hace que la escucha del analista obtenga su "manera de trabajar" a partir de diversas vías expresivas (desde lo corporal más cercano hasta lo verbal). Es una coyuntura operacional que pone al analista, su receptividad y el aumento de los efectos contra-transferenciales, en un equilibrio delicado porque lo pulsional, en el niño, puede manifestarse de manera casi directa. Corporeidad, acciones, palabras en psicoanálisis con niños, se alternan para teñir aquello que la receptividad del analista puede captar allí como transferencial.

*Volvamos a Bruno. Es enviado por sus padres a ver a un señor, para hablar. Le pasan cosas que no puede comprender y con todo esto se encuentra solo en una pieza frente a un desconocido. Castigo y peligro se le mezclan. No puede más que permanecer en alerta. Con las manos en los bolsillos, mira hacia afuera por la ventana, sin dejar sin embargo de mirar el interior de la pieza. Se calla, pero al mismo tiempo quiere saber lo que se puede hacer ahí (lo que está permitido y lo que está prohibido). Sabe que su hermana ha visto ya a una señora psi; eso pasó antes que ella partiera al internado. ¿Será que a él le va a pasar lo mismo? Hay que apretar los dientes frente a este peligro. Se llena de cólera y eso se le escapa cuando el señor sentado habla de él. El alerta aumenta; habrá represalias?...*

Es frente a tanta tensión en Bruno que el analista elige utilizar un discurso con un tono auto-reflexivo. Apunta a hacerle saber que él puede comprender los temores de su pequeño paciente. Le habla de las reglas para estar juntos, aquí: reglas que valen para ambos. Por este medio el analista pone un límite, organiza el encuadre. Sabe ya que hace falta darle tiempo a Bruno para que pueda hacerlas

suyas. Es el tiempo para que Bruno "anide" en la sesión. Pero le toca primero al analista hacer lugar en su espíritu al "pequeño" Bruno. No lo conoce aún, pero ya sabe que el pequeño Bruno es tenso, desafiante. En efecto, él tiene miedo y trata de evitar la mirada y las palabras del analista.

Es una mirada compartida, puesta sobre el parquet, lo que hace surgir en el analista una primera imagen de su apareamiento en el trabajo. Esta pareja se ha formado como una emergencia que reúne las identificaciones proyectivas circulantes en la pieza. Esta imagen le permite contener los componentes de la relación analítica naciente. Una historia que se refiere a intersticios, a depósitos de pequeñas suciedades, de diferencias amenazantes. Una historia que irrita y da miedo a Bruno: una pieza exterior que le evoca su pieza interna. Entonces "¡Cállate!"... (porque eso me ocupa la cabeza). Hace falta tomar la cabeza en las manos, piensa el analista. ¿Qué manos?: ¿las de una mamá -luna pálida, cubierta de nubes- o las de un papá que podría ser un buen socio para fabricar una nave espacial y alcanzar la luna? El analista no está todavía al corriente de aquellos proyectos. No le queda más que seguir de cerca al pequeño Bruno, aún cuando éste se escape de su mirada para ir al baño, a evacuar/verificar su preocupación.

La receptividad del analista está ahora en la conjunción de una apertura al no-saber pre-establecido (a la unicidad de la relación analítica en devenir) y una confianza en los medios para el saber (algo de la verdad que porta el paciente). Es por una parte una receptividad activa hecha de una renuncia temporaria a los saberes analíticos establecidos (las teorías) y por otra parte una fe en las potencialidades del método: aquéllas en las cuales ha hecho su experiencia personal y profesional.

El efecto de tal receptividad se hace presente al comienzo en el nivel de la contratransferencia cuya reconquista por el analista, a través del vaivén entre la regresión y la progresión de su funcionamiento psíquico en sesión, va a permitirle orientarse en la relación en curso.

Es a partir de este trabajo interno del analista -un pensamiento emparentado con el del sueño y sostenido por una visión "binocular"- que el acto de la interpretación analítica encuentra su fuente y su legitimidad.

La interpretación se ejerce en formas y ocasiones diversas, cuya oportunidad es del dominio de la apreciación del analista implicado en la situación analítica. Pero, para llevar más lejos la lógica relacional en la cual este acto analítico se

inscribe, se podría afirmar que es la dupla analista-paciente la que autoriza a uno de ellos, el analista, a formular la interpretación. A formular esta palabra analítica que separa y liga de otra manera lo que la transferencia ha puesto en sesión. Una palabra que sostiene la procesualidad y por eso mismo deviene introyectable y utilizable para el trabajo de perlaboración a cargo del paciente.

Por cierto, la actividad de interpretación puede tomar múltiples formas (intervención para ligar afectos a palabras, comentarios en un modo reflexivo o alusivo, hasta la interpretación de contenido relativo a la censura o a la relación transferencial). No es menos deseable que la técnica de la interpretación siga siendo una co-construcción "artesanal" entre analista y paciente.

Evidentemente, una des-simetría constitutiva funda la relación analítica y una temporalidad diacrónica está allí en obra. Sin embargo, en psicoanálisis con niños, la diferencia de generación es algo pre-existente. A decir verdad, todo análisis está referido al inconsciente, a las manifestaciones de lo infantil, a las configuraciones de los fantasmas originarios, a la escena primaria, a los conflictos y angustias (de separación y de castración, a lo mal integrado de lo primario (clivado o reprimido) y que obstruye un proceso secundario bien efectuado por el atravesamiento de la escena edípica con sus efectos estructurantes. El psicoanálisis con niños nos demanda en particular poder *jugar* la interpretación muy cerca del objeto "creado-encontrado" por el cual el yo constituye sus objetos internos. Objetos construidos en el encuentro, siempre fallido, entre las reivindicaciones pulsionales y la respuesta obtenida de los objetos en el entorno relacional.

En razón de lo aleatorio de esos encuentros pulsiones-objetos, la palabra interpretante no podrá jamás ser del orden de una decodificación, de una traducción, ni cerrarse sobre una causalidad lineal. Busca ante todo resignificar las falsas conexiones que nuestra causalidad psíquica puede producir. El analista, por su palabra, puede promover nuevas oportunidades al *tránsito* de afectos y representaciones en el mundo interno del paciente, nuevas ligaduras en definitiva.

En el psicoanálisis contemporáneo hay un debate entre los que consideran que la interpretación analítica no es operativa más que cuando se refiere al levantamiento de la represión o a la re-integración de lo clivado, y los que consideran a la relación analítica como el terreno de descubrimiento y aprendizaje de la utilización de las herramientas psíquicas para pensar. En realidad, se trata de

la cuestión del lugar acordado en el psicoanálisis contemporáneo sea a lo representacional, o a lo afectivo: a los contenidos o a los procesos psíquicos.

El psicoanálisis con niños está con seguridad en primera línea en estas investigaciones y debates. Su aporte es considerable.

*Casi al fin de la cura, Bruno interpela a su analista después que éste hubiera hecho alusión al alivio del pequeño paciente al ver que su espada podía mantener su consistencia en el momento de penetrar en el túnel. Esta interpretación relativa a la angustia de castración, entendida por Bruno en un clima emocional de relajación, lo autorizó a examinar la manera de decir las cosas de su analista. De esta manera, Bruno investigaba también algo de lo que había pasado entre él y ese señor mayor. Después de este intercambio, el señor le había respondido que se trataba de una suerte de "dialecto", construido entre ellos para hablarse. O más bien para hablar - es decir, mirar juntos y a distancia- esos pensamientos de Bruno que ocupaban su cabeza y lo volvían tenso, distraído, evitativo. Esta suerte de dialecto interpretativo había llegado a ser familiar a Bruno desde entonces, a tal punto que ya no le tenía miedo a esta suerte de extranjero doméstico: "tonto y que no sabe ni hablar francés".*

*A la sesión siguiente Bruno anunció que "haremos todavía dos o tres golpes... y después no vengo más acá".*

Bruno habría podido hacer una última pregunta a su otrora analista.

-“Pero esta historia del "dialecto" analítico, ¿quién se la enseñó?”

¡Buena pregunta! Yo creo que hay bastante de ello entre los psicoanalistas que he leído, escuchado, consultado. Digamos: Klein, Winnicott, Bion, Racker, Diatkine, Anzieu, Guignard, Ferro... y muchos otros.

Todos nos han dado el permiso de "olvidarlos" cada vez que se toma en análisis a un niño. Olvidarlos durante una sesión para que nos quede la ilusión de explorar hasta dónde tratamos por *la palabra analítica*.

**Palabras clave:** escucha, interpretación, "dialecto" de sesión, co-construcción.

**Bibliografía:**

- Botella, S. et C. (2001): *Figurabilité et régrédience*, in *Rev. fr. de psychanalyse*, Tome Lxv, 1149-1240
- Donnet, J. L. (2005): *La situation analysante*. Paris, PUF
- Guignard, F. (1996): *Au vif de l'infantile*. Lousanne, Delachaux et Niestlé
- Green, A. (2002): *La pensée clinique*. Paris, Ed. O. Jacob
- Hautmann, G. (2005): *Pensiero pellicolare e formazione del sé*, in *Pensare per immagini*. (Monografia della Rivista di psicoanalisi), Rome, Ed. Borla
- Passone, S. M.: *L'écoute psychanalytique, ses évolutions*, in *L'inconscient freudien* (sous presse, Puf)
- Roussillon, R. (2007): *Le jeu et l'entre-je(u)*. Paris, PUF

## **Resumen**

Este trabajo aborda, a partir de algunas secuencias del tratamiento de un niño al final de la latencia, la cuestión de la escucha en tanto basamento del trabajo contratransferencial del cual emerge la formulación de la interpretación. La formulación de la interpretación y su puesta en forma está enfocada en analogía con el uso de un "dialecto", co-construido en la pareja analítica y funcional a una restitución que pueda ser recibida por el niño desde su conflictiva intrapsíquica.

Traducción: Lic. A. C. Bisson <cristinabisson@gmail.com>